

que de Alba es un justo; que Luis Bonaparte es idéntico á Napoleon el Grande; que los que violaron la Constitucion son los salvadores y los que la defendieron son unos bandidos; en una palabra, admitiendo que ha muerto la honradez humana, habré entonces de admirar ese gobierno, decir que marcha bien, que es un modelo en su género. Verdad que comprime, reprime, oprime, aprisiona, destierra, ametralla, extermina... pero concede "¡gracias!", manifestando su autoridad á cañonazos y su clemencia á sablazos.

Decid cuanto os plazca, repiten algunos bravos incorregibles del ex-partido del orden llenos de gozo; indignaos, reid, zaherid, menospreciad; nos es igual; ¡viva la estabilidad!; todo este conjunto constituye, despues de todo, un gobierno sólido.

Sólido! Ya hemos explicado en qué descansa tal solidez.

Sólido! Admiro tal solidez! Si llovieran periódicos en Francia solo durante dos dias, á la mañana del tercero no se sabria por dónde ha pasado M. Luis Bonaparte.

Pero no importa: ese hombre pesa sobre la época toda, desfigura el siglo diez y nueve; mas quizá habrá en este siglo dos ó tres años, sobre los cuales, y no sé por qué huella infame, se reconocerá que ha pasado Luis Bonaparte.

Y tal hombre, triste es decirlo, es en este momento la cuestion de todos los hombres.

En ciertas épocas de la historia, la humanidad en masa, desde todos los puntos de la tierra, fija los ojos en un lugar misterioso de donde se cree que vá á salir el destino del universo.

Ha habido momentos en que todo el mundo ha mirado al Vaticano, en donde Gregorio VII y Leon X tenian su cátedra. Otros en que ha contemplado el Louvre, en donde estaban Felipe Augusto, Luis IX, Francisco I, Enrique IV; otros el Escorial y el monasterio de Yuste, en donde meditaba Carlos V; otros Windsor, en donde reinaba Isabel la Grande; otros Versalles, donde brillaba Luis XIV rodeado de astros; otros Kremlin, en donde se entreveía á Pedro el Grande; otros Potsdam, en donde Federico se encerraba con Voltaire: ¡hoy... baja la cabeza, historia; el universo mira al Eliseo!

Esa puerta bastarda, custodiada por dos garitas de terliz, al extremo del arbal de Saint-Honoré, es lo que contem-

pla hoy dia, con ansiedad profunda, la mirada del mundo civilizado.

Ah! ¡qué sitio es ese, de donde no ha salido una idea que no fuese un lazo, ni una accion que no fuese un crimen!

¡Qué sitio es ese, en donde se anidan todos los cinismos con todas las hipocresías!

¡Qué sitio es ese, en donde los obispos se codean con Juana Poisson en la escalera, y, como cien años há, la saludan hasta besar el suelo; en donde Samuel Bernard rie en un rincon con Laubarde-mont; en donde Escobar entra dando el brazo á Guzman de Alfarache; en donde, segun horribles rumores, en lo más apartado del jardin se despacha á bayonetazos (así se dice) hombres que no se quiere juzgar; en donde se oye un hombre decir á una mujer que intercede y que llora: "Yo os paso vuestros amores, pasadme á mí mis ódios!"; ¡Qué sitio es ese en donde la orgía de 1852 importuna y deshonorra el luto de 1815, y en donde Cesarote, con los brazos cruzados ó las manos puestas atrás, se pasea bajo los mismos árboles, por las mismas alamedas á las que acude todavía la silueta indignada de César!

Ese sitio es la mancha que pesa sobre Paris, es la afrenta del siglo. Esa puerta por donde se escapan toda clase de ruidos alegres, de cantares, músicas, risas, choques de vasos, saludada de dia por los batallones que pasan, iluminada por la noche y abierta de par en par con una confianza insolente, es una especie de injuria pública á todas horas presente; allí está el centro de la vergüenza del mundo.

Ah! En qué sueña la Francia? Es preciso despertar á esa nacion, cogerla del brazo, sacudirla y hablarla: es preciso recorrer los campos, entrar en las ciudades, entrar en los cuarteles, y hablar al soldado que no sabe lo que ha hecho, y al labrador que tiene una estampa del emperador en su choza, y que vota todo cuanto se quiere á causa de esto; es preciso quitarles el radiante fantasma que se levanta ante sus ojos.

La situacion actual no es otra cosa toda ella que un inmenso y fatal *quid pro quo*. Urge, pues, aclarar ese *quid pro quo*, examinarlo hasta el fondo, desengañar al pueblo, y sobre todo al pueblo de los campos; removerlo, agitarlo, conmoverlo; enseñarle las casas vacías y las fosas abiertas, haciéndole tocar con el dedo el horror de semejante régimen.

Y el pueblo, que es bueno y honrado, lo comprenderá.

¡Sí, paisanos, son dos; el grande y el pequeño, el ilustre y el infame, Napoleon y Naboleon!

Resumamos ese gobierno.

¿Quién está en el Eliseo y en las Tullerías? El crimen. ¿Quién reside en Luxemburgo? La bajeza. ¿Quién se sienta en el palacio Borbon? La imbecilidad. ¿Quién brilla en el palacio de Orsay? La corrupcion. ¿Quién vive en el palacio de Justicia? La prevaricacion.

¿Y quién está en las cárceles, en los castillos, en los calabozos, en las casamatas, en los pontones, en Lambesa, en Cayena y en el destierro? La ley, el honor, la inteligencia, la libertad, el derecho.

Proscriptos, de qué os quejais? Os ha tocado la mejor parte.

LIBRO TERCERO

El Crimen.

Este gobierno, gobierno horrible, hipócrita y estúpido; gobierno que hace vacilar entre estallar en risas ó prorumpir en sollozos; esa Constitucion, horca de donde penden nuestras libertades; ese grande y ese pequeño sufragio universal, el primero nombrando presidente, el segundo nombrando legisladores; el pequeño diciendo al grande: *Monseñor, recibid estos millones*, y el grande diciendo al pequeño: *recibid la seguridad de mis sentimientos*; ese Senado, ese Consejo de Estado, todo eso, en fin, ¿de dónde ha salido? Dios santo! ¡Habremos llegado al extremo de que sea preciso recordarlo?

De dónde ha salido tal gobierno? ¡Miradlo! todavía corre! todavía humea!... Ha nacido de un mar de sangre!

Es verdad que las víctimas ya están lejos; pero los muertos, muertos son!

Ah! Horripila solo el pensarlo, cuanto más decirlo: ¿es que ya no se piensa en nada?

¿Es que porque se bebe y se come; porque se vé lucir á la carroza; porque el obrero tiene trabajo en el bosque de Boloña; porque el albañil gana cuarenta sueldos en el Louvre; porque el banquero ha obtenido beneficios sobre el papel moneda de Viena ó sobre las obligaciones de Hope y Compañía; porque los títulos de nobleza han vuelto á restablecerse; por-

que se puede llamar señor al conde y señora á la duquesa; porque las procesiones salen en la fiesta del *Corpus*; porque se divierte, porque se rie, y porque las paredes de Paris están cubiertas de anuncios sobre fiestas y espectáculos, hemos de olvidar que bajo todo eso hay montones de cadáveres?

¿Es que porque se ha estado en el baile de la Escuela Militar, y se ha vuelto á casa con los ojos deslumbrados, la cabeza fatigada, el vestido ajado, el ramo marchito y se ha acostado en la cama soñando con algun apuesto oficial, ya hemos de olvidar que hay allí, bajo la yerba, en un foso oscuro, en un excavacion profunda, bajo la sombra pavorosa de la muerte, en inmóvil confusion y con rigidez horrible y fria, multitud de seres humanos, ya desfigurados é informes, que los gusanos devoran, que la disgregacion consume, que empiezan á confundirse con la tierra, que existian, que trabajaban, que pensaban, que amaban, y que teniendo derecho á la vida han sido asesinados?

Ah! ¡Si sobre eso ya no se piensa, recordémoslo á los que lo olvidan! ¡Despertaos, vosotros los que dormís! ¡Aquellas víctimas, los asesinados cobardemente, van á desfilar á vuestros ojos.

EXTRACTO DE UN LIBRO INÉDITO

titulado

EL CRÍMEN DEL 2 DE DICIEMBRE (1)

por Victor Hugo.

JORNADA DEL 4 DE DICIEMBRE.

ACORRALAMIENTO DEL GOLPE DE ESTADO.

"La resistencia habia tomado proporciones colosales.

"El combate comenzó amenazador, aunque más bien que un combate era

(1) Este libro se publicará dentro de poco y comprenderá la narracion completa del infame acontecimiento de 1851. Una gran parte de este libro está ya escrita, y el autor recoge datos en este momento para su terminacion, creyendo oportuno entrar ahora en algunos detalles con respecto á este trabajo, que se ha impuesto como un deber.

El autor, al escribir dicha narracion, que es la austera ocupacion de su destierro, tiene presente ante la conciencia la grave responsabilidad del historiador, y no deja de comprender que en el momento de su aparicion se levantarán numerosas y violentas reclamaciones (que él atenderá), porque es difícil meter impunemente el dedo en la llaga de un crimen contemporáneo, y mucho más cuando ese crimen está constituido en estos momentos en poder.

una batalla que se empeñaba por todas partes. En el Elíseo y en los ministerios solo se veían rostros pálidos; habían deseado barricadas y ya las tenían.

„Todo el centro de París estaba cubierto de reductos improvisados; los barrios atestados de barricadas, formando una especie de inmenso trapezio comprendido entre los Mercados y la calle de Rambuteau por una parte y los boulevares por otra, limitándose al Este por la calle del Temple y al Oeste por la de Montmartre.

„Esta vasta red de calles, cortada en todos sentidos por reductos y atrinchamientos, tomaba de hora en hora aspecto más terrible, presentándose como una especie de fortaleza.

„Los combatientes de las barricadas pusieron sus guardias especiales hasta en los muelles. Fuera del trapezio que acabamos de indicar, las barricadas llegaban, según hemos dicho, hasta el arrabal de San Martín y hasta los alrededores del canal.

„El barrio de las Escuelas, adonde el comité de resistencia había enviado al representante de Flotte, estaba más

De todos modos, cualesquiera que sean tales reclamaciones, más ó menos interesadas, y á fin de que se pueda juzgar desde luego su valor, el autor cree de su deber explicar aquí de qué modo y con qué escrupuloso cuidado por decir la verdad ha escrito esta historia, ó mejor dicho, ha incoado el proceso verbal del referido crimen.

La narración del 2 de Diciembre contendrá, además de los hechos generales que nadie ignora, numerosísimos hechos desconocidos, que el público conocerá por primera vez. La mayoría de estos hechos los ha presenciado el autor, pudiendo decir de ellos *quæque ipse vidit et quorum pars fuit*.

Los miembros de la izquierda republicana, cuya conducta ha sido tan intrépida, han visto como él los referidos hechos, y no le faltarán sus testimonios para apoyarlos.

Por lo demás, el autor ha procedido á una verdadera información judicial, constituyéndose, por decirlo así, en juez de instrucción de la historia. Cada actor del drama, cada combatiente, cada víctima, cada testigo, ha sido llamado á declarar ante él; habiendo, para todos los casos dudosos, no solo confrontado las relaciones, sino hasta las personas cuando ha sido necesario.

En general, los historiadores hablan de los hechos ya muertos; llaman á las tumbas con la autoridad de jueces, hacen levantar á los cadáveres y les interrogan. Víctor Hugo habla de los hechos que aun viven.

Todos los hechos del 2 de Diciembre guardan la misma forma con que pasaron ante sus ojos; todos los ha examinado y pesado; ninguno escapó á sus investigaciones. La historia podrá completar su narración, pero no desautorizarla.

Los magistrados han faltado al deber, pero él ha llenado su cometido.

Cuando los testimonios directos y de viva voz le han hecho dudar, ha enviado á los sitios, teatro de algunos sucesos, lo que con propiedad pudiéramos llamar comisiones rogatorias. Podría citar hechos, para cuyo conocimiento ha tenido que dirigir verdaderos interrogatorios, que han sido contestados minuciosamente.

Ha sometido, de este modo, el 2 de Diciembre á un largo y severo interrogatorio y llevado la antorcha luminosa tan lejos, tan adelante como ha podido; teniendo en su poder, gracias á sus útiles pesquisas, cerca de doscientos legajos para componer el indicado libro.

No hay un hecho en la narración al pié del cual, y cuando la obra se haya publicado, el autor no pueda poner un nombre.

sublevado que hasta entonces; el distrito ardía en entusiasmo; en Batignolles no cesaba el toque de llamada; Madier de Montjau agitaba á Belleville, y se construían tres enormes barricadas en la Chapelle-Saint-Denis.

„En los comercios de las calles los ciudadanos facilitaban fusiles al pueblo y las mujeres hacían hilas.

„—Esto marcha! París está tomado! nos gritaba B... lleno de entusiasmo, al entrar en el salón del comité de resistencia (1). A cada momento recibíamos noticias de todos los barrios cuyos comités se habían puesto en comunicación con nosotros.

„Los miembros del comité deliberaban y expedían las órdenes é instrucciones relativas al combate general. La victoria parecía segura. Hubo un momento de alegría y entusiasmo, en que se abrazaron los que todavía luchaban entre la vida y la muerte.

„—¡Ahora, gritaba Julio Favre en el colmo de la alegría, que se nos mande un regimiento ó que se nos lance una legión; de todos modos Luis Bonaparte está ya perdido.

Pero se comprenderá que se abstenga de ello, como también que sustituya algunas veces los nombres propios y ciertas indicaciones de lugar, por designaciones tan poco transparentes como le sea posible, atendiendo á proscriciones pendientes y á su repugnancia de facilitar una lista suplementaria á M. Bonaparte.

En verdad, tanto en la narración del 2 de Diciembre como en el libro que publica en este momento, el autor no es imparcial, como se tiene la costumbre de decir cuando se quiere ensalzar á un historiador. La imparcialidad! ¡Extraña virtud que Tácito no tuvo!

¡Oprobio al que permaneciere imparcial ante las llagas sangrientas de la libertad!

En presencia de lo ocurrido en Diciembre de 1851, el autor siente sublevarse su naturaleza y no se avergüenza de tal defecto, como puede verlo el que lea el libro; pero en él la pasión por la verdad iguala á la pasión por el derecho; el hombre indignado no miente.

La historia del 2 de Diciembre estará escrita, como lo declara el autor al citar algunas de sus páginas y como se echará de ver, dentro de las condiciones de la realidad más absoluta.

Hemos juzgado conveniente separar y publicar aquí mismo un capítulo (a) que, á nuestro entender, producirá viva impresión, pues arroja nueva luz sobre el «éxito» obtenido por M. Bonaparte.

Gracias á las reticencias de los historiadores oficiales del 2 de Diciembre, no se sabe hasta qué punto el golpe de Estado corrió peligro de ser frustrado, como también se ignora el hecho por cuyo medio se salvó.

Pongamos este hecho especial ante los ojos del lector.

(1) Un comité de resistencia, encargado de centralizar la acción y de dirigir el combate, había sido nombrado en la noche del 2 de Diciembre por los miembros de la izquierda, reunidos en asamblea en casa del representante Lafon, en el muelle de Jemmapes, núm. 2. Tal comité, que tuvo que cambiar de asilo veintisiete veces en cuatro días, y que á pe'ar de todo se mantenía permanente día y noche y no cesaba de obrar durante las diversas crisis del golpe de Estado, estaba compuesto por Carnot, de Flotte, Julio Favre, Madier de Montjau, Michel de Bourges, Schálrcher y Víctor Hugo.

(a) El autor ha querido reservar únicamente para el libro NAPOLEON EL PEQUEÑO este capítulo, por ser parte integrante de él, dejando para la HISTORIA DE UN CALMEN la relación de la jornada del 4 de Diciembre, con nuevos hechos y bajo otro punto de vista.

„—Mañana, gritaba de igual manera Michel de Bourges, ya brillará la República en las Casas Consistoriales.

„Todo era efervescencia y entusiasmo.

„En los barrios más pacíficos se rasgaban los edictos y se denostaban las órdenes.

„En la calle de Beaubourg, mientras los hombres levantaban una barricada, gritaban las mujeres asomadas á las ventanas:—Valor! adelante!

„La agitación corrió hasta el barrio de Saint-Germain.

„En el palacio de la calle de Jerusalem, centro de la gran telaraña que la policía extiende sobre París, todo temblaba; la ansiedad era profunda; se entreveía que iba á vencer la República.

„En los corredores, en las oficinas, en los pasillos, los escribientes y alguaciles comenzaban á hablar con compasión de Causidière.

„A creer en lo que se decía, el prefecto Maupas, tan ardiente el día anterior y tan odiosamente lanzado hácia adelante, comenzaba á retroceder y desmayar. Parecía prestar oídos con terror á ese ruido de la marea creciente que forma la insurrección (la santa y legítima insurrección del derecho), y vacilando balbuceaba órdenes que espiraban en sus labios.

„—Ese hombrecillo tiene ya diarrea, decía el antiguo prefecto Carlier, separándose de él. ¡Con tal azoramiento, Maupas se dirigía á Morny! El telégrafo eléctrico mantenía continua conferencia entre la inspección de Policía y el ministerio de lo Interior y entre el ministerio de lo Interior y la inspección de Policía. Todas las noticias más alarmantes, todos los signos de pánico y terror, caían de golpe del prefecto al ministro.

„Morny, menos asustado y hombre de espíritu al menos, recibía todas esas sacudidas en su gabinete.

„Se cuenta que á la primera que recibió dijo:—Maupas está enfermo; y al hacerle el prefecto esta pregunta:

„—¿Qué haré?

„Contestó por telégrafo:

„—Acostaos!

„Repetida la misma pregunta por segunda vez, volvió á contestarle:

„—Acostaos!

„Pero á la tercera, ya falto de paciencia, le contestó:

„—Acostaos y no me molesteis!

„El celo de los agentes entibiábase con rapidez y comenzaban á volver la cabeza. Un hombre intrépido, enviado por

el comité de resistencia para sublevar el arrabal de Saint-Marceau, fué detenido en la calle de Fossés-Saint-Victor y llevaba llenos los bolsillos de proclamas y decretos de la izquierda. Condújosele á la prefectura de Policía, donde creía ser fusilado. Cuando la escolta que le conducía pasaba por delante de la Marke, estallaron varios tiros de fusil en la Cité; el alguacil que conducía la escolta dijo á los soldados:—Volved á vuestro puesto; yo me encargo del prisionero. Cuando los soldados se alejaron, cortó las cuerdas que ataban las muñecas del prisionero y le dijo:—Marchaos; os salvo la vida; no olvideis que os pongo en libertad y fijaos en mí para reconocerme.

„Los principales cómplices militares estaban reunidos en consejo; se agitaba la cuestión de si sería conveniente que Luis Bonaparte abandonase inmediatamente el arrabal de Saint-Honoré y se trasladase, ya á los Inválidos ó ya al palacio de Luxemburgo, ambos puntos estratégicos y más fáciles de defender de un golpe de mano que el Elíseo. De entre ellos, unos opinaban por los Inválidos, otros por el Luxemburgo, estallando con este motivo un altercado entre dos generales.

„En aquel momento mismo el antiguo rey de Westfalia, Jerónimo Bonaparte, viendo que el golpe de Estado vacilaba y temiendo consecuencias ulteriores, escribió á su sobrino la siguiente y significativa carta:

„Mi querido sobrino:

„Sangre francesa ha corrido; procura que no se derrame con efusión por un serio llamamiento al pueblo. Tus sentimientos son mal comprendidos. La segunda proclama, en la cual hablas del plebiscito, el pueblo la ha recibido mal; no la considera como el restablecimiento del derecho del sufragio. La libertad queda sin garantía, si una Asamblea no contribuye á la constitución de la República. El ejército es muy altanero. Este es el momento de completar la victoria material con una victoria moral, y lo que un gobierno no puede hacer cuando se encuentra batido, debe hacerlo cuando se vé victorioso. Después de haber destruido los viejos partidos, debe dedicarse á la restauración del pueblo; proclama que el sufragio universal, sincero y establecido en armonía con la más completa libertad, nombre al presidente y á la

„Asamblea constituyente para salvar y restaurar la República.

„En nombre de la memoria de mi hermano y participando de su horror á la guerra civil te escribo; sigue los consejos de mi experiencia y piensa que la Francia, la Europa y la posteridad juzgarán tu conducta.

„Tu tío, que te quiere de veras,

„JERÓNIMO BONAPARTE.”

„En la plaza de la Magdalena encontraron los representantes Fabvier y Crestin, y dirigiéndose el uno hácia el otro.

El general Fabvier hacia notar á su colega cuatro piezas de artillería montada que, volviendo grupas, abandonaban el boulevard y tomaban al galope el camino del Elíseo.

„—Estará ya el Elíseo á la defensiva? preguntó el general.

„Y Crestin, indicándole á la otra parte de la plaza de la Revolución la fachada del palacio de la Asamblea, respondió:

„—General, mañana estaremos allí.

„Desde lo alto de algunos caserones se veía el patio de las caballerizas del Elíseo, y en él estaban parados desde por la mañana tres coches de viaje enganchados, con los postillones en las sillas y dispuestos á partir.

„En efecto, el impulso estaba dado; el odio y la cólera eran universales; el golpe de Estado perdido; una sacudida más y Luis Bonaparte se derrumba: si la jornada acabara como habia empezado, todo estaba terminado. El golpe de Estado llegaba á la desesperación, la hora de las supremas resoluciones iba á sonar.

„¿Qué haría ante su catástrofe el perjurio? Preciso le era herir con un gran golpe, un golpe inesperado, un golpe horrible.

„Su situación se reducía, ó á perecer ó á salvarse huyendo vergonzosamente.

„Luis Bonaparte no habia abandonado el Elíseo. Estaba en un gabinete de la planta baja contiguo al espléndido salón dorado donde, niño aun, en 1815, habia asistido á la segunda abdicación de Napoleón I.

„Encontrábase solo. Había dado órdenes para que nadie pudiese llegar hasta él.

„De vez en cuando la puerta se entreabría, dando paso á la cabeza entrecana del general Roquet, su ayudante de campo. Solo al general Roquet le

era permitido abrir aquella puerta y entrar.

„El general dábele noticias cada vez más alarmantes, y terminando con frecuencia de este modo:—„¡Esto no marcha! Y otras veces:—„Esto vá mal!,”

„Cuando el general terminaba, Luis Bonaparte, con el codo sobre una mesa, sentado, los piés en los morrillos de la chimenea y ante un buen fuego, volvía á medias la cabeza sobre el respaldo del sillón, y con la inflexión de voz más flemática, sin emoción aparente, respondía invariablemente estas cuatro palabras: „Que ejecuten mis órdenes.”

„La última vez que el general entró de tal modo con malas noticias, era cerca de la una (él mismo ha dado estos detalles en honor de la impasibilidad de su señor); informó al príncipe de que las barricadas levantadas en las calles del centro tenían ventaja y se multiplicaban; que en los boulevares se gritaba: „Abajo el dictador!” (No osó decir: „Abajo Soulouque!”) Que los silbidos estallaban cuando pasaban las tropas; que delante de la galería de Jouffroy, un ayudante mayor habia sido perseguido por la muchedumbre, y que en la esquina del café Cardinal, un capitán de Estado Mayor habia sido precipitado de su caballo.

„Luis Bonaparte, irguiéndose en el sillón, dijo con calma, mirando fijamente al general:—„Está bien. Que Saint-Arnaud ejecute mis órdenes.”

„¿Qué órdenes eran estas?”

„Vamos á verlo.

„Al llegar aquí nos sobrecogemos y el narrador toma la pluma con vacilación y angustia.

„Vamos á abordar la abominable peripecia de la lúgubre jornada del 4; el hecho monstruoso de donde salió manando sangre el éxito del golpe de Estado.

„Vamos á levantar el velo de la más siniestra de las premeditaciones de Luis Bonaparte. Vamos á revelar lo que todos los historiadores del 2 de Diciembre han ocultado; lo que el general Magnan ha cuidadosamente omitido en su Memoria; lo que en París mismo, donde tuvieron lugar los sucesos, apenas se murmuraba al oído. Entremos en lo horrible.

„El 2 de Diciembre es un crimen que envuelve la oscuridad; un ataúd cerrado y mudo, de cuyas hendiduras salen arroyos de sangre.

„Vamos á entreabrir ese ataúd.

II.

„Desde la mañana (insistamos en este punto, porque aquí la premeditación es incontestable); desde la mañana, decimos, habíanse fijado edictos extraordinarios en todas las esquinas; los edictos que ya hemos transcrito.

„Desde hace sesenta años, en que el cañon de las revoluciones retumba en ciertos días en París, y en que algunas veces, aumentado por el poder, se vé en la necesidad de recurrir á resoluciones desesperadas, no se habia visto todavía cosa parecida.

„Tales edictos anunciaban á los ciudadanos que todos los grupos, cualesquiera que fuese su naturaleza, serian dispersados por la fuerza, *sin intimación*.

„En París, ciudad central de la civilización, se creyó con dificultad que un hombre llevase su crimen á tal extremo, y no se habia visto en tales edictos más que un procedimiento de intimidación odioso, salvaje y hasta ridículo.

„Pero se engañaba. Dichos edictos contenían en germen el plan premeditado de Luis Bonaparte, el plan que iba á realizar.

„Digamos una palabra sobre lo que vá á ser el teatro del acto inaudito preparado y perpetrado por el héroe de Diciembre.

„De la Magdalena al arrabal Poissonnière, el boulevard estaba libre, y desde el teatro del Gimnasio hasta el teatro de la puerta de San Martín estaba todo lleno de barricadas, como también la calle de Bondy, Meslay, de la Luna y cuantas finalizaban ó desembocaban en las puertas de San Dionisio y de San Martín. Más allá de la puerta de San Martín, el boulevard volvía á quedar libre hasta la Bastilla y cerca de una barricada medio construida en lo alto del Château-d'Eau. Entre las dos puertas de San Dionisio y San Martín, siete ú ocho reductos cortaban la calzada de trecho en trecho. Un cuadrado formado por cuatro barricadas encerraba la puerta de San Dionisio. Una de estas cuatro barricadas, la que miraba á la Magdalena y la que debía recibir el primer choque de las tropas, estaba levantada en el punto más elevado del boulevard, apoyada por la izquierda en el ángulo de la calle de la Luna y por la derecha en la calle Mazagran. Cuatro omnibus, cinco coches de trasladar muebles, la casilla del inspector de los coches de alquiler destrozada, las columnas ves-

pasianas demolidas, los bancos del boulevard, las losas de la escalera de la calle de la Luna y la barandilla de hierro de la acera, arrancada por completo y de un solo golpe por la formidable mano de la muchedumbre, componían todo el amontonamiento, suficiente apenas para cerrar el paso del boulevard, muy ancho en aquel sitio. Adoquines no habia por la índole especial del empedrado. Así, pues, la barricada no alcanzaba de una á otra parte del boulevard y dejaba libre un gran espacio al otro lado de la calle de Mazagran.

„Había en este mismo sitio una casa en construcción, y viendo un joven bien vestido el vacío que dejaba la barricada, subió á los andamios y solo, sin apresurarse ni quitarse el cigarro de la boca, comenzó á cortar las cuerdas, siendo con este motivo calurosamente aplaudido por los que ocupaban las ventanas próximas. Un momento despues, y todo en una pieza, vino con gran estrépito el andamiaje al suelo, y este armatoste acabó de completar la barricada.

„Mientras se terminaba este reducto, unos veinte hombres entraban en el Gimnasio por la puerta de los actores, saliendo algunos instantes despues con varios fusiles y un tambor, encontrados en el almacén de los utensilios y que formaban parte de lo que en lenguaje de los teatros se llama „los accesorios.” Uno de aquellos cogió el tambor y se puso á tocar llamada; otros, con columnas derribadas, coches echados de lado, persianas y puertas de ventanas arrancadas de sus goznes y viejos bastidores del teatro, construyeron en lo alto de la punta Bonne-Nouvelle una pequeña barricada como punto de avanzada, ó mejor dicho, una atalaya, de donde se vigilaban los boulevares Poissonnière y Montmartre y la calle Hauteville.

„Las tropas habian evacuado desde la mañana el cuerpo de guardia, cuya bandera tomaron los sublevados, enarbolándola sobre la barricada. Esta bandera es la que despues ha sido llamada por los periódicos del golpe de Estado la „bandera roja.”

„Una quincena de hombres se instaló en aquel punto avanzado; pero si tenían fusiles, no tenían cartuchos, ó tenían muy pocos. Detrás de ellos se levantaba la gigante barricada que cubría la puerta de San Dionisio, ocupada por un centenar de hombres, entre los cuales se veían dos mujeres y un anciano de cabellos